

ni barreras, seguro como está de que marcha en pos de la misma palabra y autoridad divina. Así, y únicamente así es como la razón se eleva y engrandece, garantiza contra sus propias extraviós; así es como se elevó hasta el más alto grado de verdadera ciencia. Sí, ella ha conquistado toda su dignidad por su obediencia á esta ley, y llega á ser el más noble y último esfuerzo del genio del hombre, cuando al dar á sus fuerzas todo el desarrollo, ha respetado también los límites de su naturaleza, y ha merecido unirse á la luz y á la gloria divina.

»He dicho todo lo que quería decir. Me parece haber fijado, aunque muy en compendio, ciertas nociones suficientes sobre nuestra naturaleza inteligente y sobre los derechos de la razón. Las resumo en pocas palabras. Tres estados ó tres especies de conocimientos y de afirmación: la evidencia ó la intuición; el raciocinio ó deducción; la fé. Estos son tres actos ó tres funciones del alma, que corresponden á otros caminos ó medios de llegar á una afirmación cierta: la idea, la experiencia, la autoridad. Fuera de esto, no temo decirlo, no hay verdadera filosofía, no hay noción verdadera del hombre, no se hace justicia á la naturaleza inteligente.

»Para acabar, si es posible, de alejar injustas repulsiones, colocaremos frente á frente la filosofía y la autoridad católica ó la Iglesia. Preguntaremos á la filosofía y á la razón qué es lo que ellas reclaman y exigen de la autoridad y de la fé católica; y conoceremos que la filosofía obtiene con el catolicismo todo cuanto tiene derecho de reclamar, y que lo que no obtiene, no tiene derecho á reclamarlo.

»La razón reclama con justicia cuatro cosas para el hombre: *el derecho de las ideas y de las verdades primeras; el derecho de la experiencia y de los hechos; soluciones fijas sobre las grandes cuestiones religiosas; finalmente, un principio fecundo de ciencia, de civilización, de prosperidad.* Por la fé, y solamente por la fé católica, obtiene la razón aquí cuanto tiene derecho de reclamar.»

¿Qué puede contestarse al sabio abate Ravignan? El nos ha demostrado en su sabio razonamiento la necesidad y la riqueza de la fé, de la fé, que como ha explicado admirablemente, es uno de los tres actos ó tres funciones del alma, que corresponden á otros tantos medios de llegar á una afirmación cierta.

El hombre, despojado de la fé, entregado á sí mismo, sin más guía que su propia razón, se encuentra lo mismo que un navegante entre las embravecidas olas, sin brújula, sin guía, que no tiene más remedio que perecer. Cree generalmente que no necesita absolutamente de nada ni de nadie, y en efecto, avanza, pero viene á dar en el escollo terrible de la desesperación. No hacemos poesía, ni es nuestro ánimo presentar cuadros de imaginación. Decimos lo que hemos visto, lo que habrán visto muchos lectores. ¿No han presenciado como nosotros un buque que después de un largo y próspero viaje ha perecido, á la entrada misma del puerto suspirado, estrellándose sobre una roca, por haber desdeñado el auxilio del práctico que debía haber puesto su mano en el timón para salvar los peligros de la entrada? Esto es efecto del orgullo humano. Y es justamente lo que sucede al hombre, al viador, al que va atravesando los ma-

res tempestuosos de la vida, donde á cada paso se ve combatido por terribles olas de pasiones desenfrenadas. Indudablemente para alcanzar el puerto de la serenidad necesita un guía, un práctico que se apodere del timon de su corazón: este práctico es la fé: si le desdeña, si no quiere aceptar su auxilio, perece irremediabilmente: ha desdeñado las leyes de una larga experiencia, ha pretendido seguir un camino nuevo, no ha tenido la humildad de refrenar la razón. y ¡pobre de él! ya no puede encontrar en el mundo otra cosa que abismos de desesperacion.

Estos son los filósofos que han querido *desterrar* á Dios del campo de la ciencia, los que han pretendido dar un nuevo rumbo á la filosofía y se lo han dado, haciéndola enemiga de las grandes verdades en vez de ser su mayor amiga y aliada. Esta filosofía es hija del orgullo humano: es la filosofía de Satán, persuadiendo con dorados sofismas á la madre del género humano, á fin de que extendiese su mano al fruto vedado.

Sólo por la fé católica, nos ha dicho el ilustre Ravignan, obtiene la razón todo lo que tiene derecho de reclamar. Quisiéramos terminar, porque tenemos un vasto campo ante la vista, pero hemos de completar el pensamiento y el orden de pruebas del orador insigne, que para demostrar su aserto continúa de este modo: «1.º La sana filosofía, de acuerdo en este punto con la teología más comunmente aprobada, ha pretendido en todo tiempo que el análisis de la certidumbre se viniese en último término á buscar apoyo sobre las primeras verdades y los primeros principios que no son conocidos, y que constituyen en cierto modo el fon-

do del alma. En estos primeros anillos debe necesariamente comenzar la cadena de las verdades admitidas, sean las que quieran, sin lo que ellos serian como extranjeros que permanecen fuera, que no tienen lugar en el hogar doméstico, y no están unidos á la familia por vinculo ninguno.

«Así la Iglesia católica siempre ha entendido ser aceptada razonablemente, tener siempre un lugar en la íntima razón del hombre. Jamás ha pretendido la Iglesia hacer admitir su autoridad, aunque infalible y divina, sin unirse por la gracia á un principio interior de conviccion personal. Hé aquí lo que es preciso saber.

»Y bien, en el fondo del alma vive y permanece una íntima necesidad de autoridad: es imposible no convenir en esto: ella forma como la conciencia universal del género humano: necesidad de autoridad para los hombres, aun en las cosas accesibles á la inteligencia, pero que exigiria esfuerzos desproporcionados con el estado de la multitud; necesidad de autoridad para los talentos más cultivados, y aun para el mismo genio en presencia de lo invisible, de lo incomprendible, de lo infinito, que sale sin cesar al encuentro de los pensamientos de todos los hombres.

«Así ved en todas partes esa admirable propension á creer lo maravilloso y desconocido, propension que existe en la naturaleza y que no es en si un instinto de ciega credulidad, sino más bien la conciencia de un gran deber, de una gran necesidad, de la gran necesidad de lo infinito, que falta al hombre, que es buscada por el hombre y que debe ser hallada.»

¡Qué prueba tan preciosa! Digna es de detenerse en ella

y de ser estudiada: hay en el hombre la necesidad de lo infinito. ¿Y por qué? Porque está destinado á vivir eternamente, despues de la transfiguracion de la muerte. No nos admira, pues, esa propension que existe en todas partes á creer lo maravilloso y desconocido: y esta propension no es de una edad, ni de una raza: es comun á todas las edades, á todos los hombres, asi á los que escudriñan la ciencia ó se dedican al cultivo de las artes, como á los aldeanos más oscuros é ignorantes. Nárrese á un niño un cuento inverosímil y quedará encantado. ¡Oh! ¡Cuánto no disfrutará ante las fantásticas descripciones de las *Mil y una noches!* Pues en vez de fijarnos en la niñez, contemplemos á la juventud. Las modernas producciones de Julio Verne son arrebatadas no tanto por lo que tienen de científicas, sino por lo que presentan de maravilloso. No se pondera generalmente el mérito literario que en ellas resalta, que con ser mucho, pasa desapercibido para la generalidad, sino de aquellos hechos que por maravillosos no pueden menos de llamar poderosamente la atencion de los lectores. Esto de pasearse por mundos desconocidos ó de contemplar las maravillas del fondo de los inmensos mares, satisface en cierta manera esa necesidad de lo infinito que existe en el corazón humano.

¿Y qué diremos de los pueblos que yacen en el letargo de la ignorancia? Estos no leen, no estudian, no escudriñan en los libros, pero sienten igual necesidad que los ilustrados. ¡El infinito! ¡Siempre el infinito! ¡Siempre lo maravilloso! Aquellos se extasiarían no ante una de esas narraciones á que hemos hecho referencia, pero prestarán

profunda atencion ante un cuento de brujas ó de duendes. El caso siempre es el mismo: la imaginacion gozando en cosas admirables y desconocidas.

Sin embargo, unos y otros, si á algo se resisten, es esencialmente á admitir lo maravilloso de las verdades reveladas: cuesta trabajo persuadirse de la necesidad de autoridad.

Cortemos la digresion. «La autoridad de la Iglesia, continúa nuestro alate, enseñando y definiendo las cosas divinas y desconocidas, está bajo este punto de vista en perfecta armonia con esta necesidad inmensa y universal de la razon humana, con la necesidad de autoridad, con la necesidad de lo maravilloso y del misterio. ¿Y esto no es ya unirse á un principio interior?»

No está ménos lógico el siguiente argumento: «2.º Además, los fundamentos de la certidumbre moral é histórica pertenecen á los primeros principios, á las primeras verdades de la inteligencia. En cuanto á la aceptacion cierta de los hechos, nada hay en el alma que sea exigido, si no es un testimonio que no puede ser sospechoso ni de ilusion ni de impostura. Mas en verdad, ¿se nos tiene por insensatos? ¿Y cómo creemos? Los apóstoles, los mártires, los Padres, los primeros cristianos, son testigos de hechos contemporáneos ó poco lejanos. Sus virtudes, su eminente santidad, su constancia, sus sacrificios, su número, su carácter y la alta ciencia de muchos de ellos ponen su testimonio muy á cubierto aun de la posibilidad de error ó engaño.

»¿Qué, pues, quereis? ¿Qué exigis por hechos? ¿Sinceramente una tradicion histórica puede ser más grave, más imponente, más seguida, que esta tradicion católica sobre

los mismos hechos que han fundado la Iglesia y su indestructible autoridad? ¿Qué hay verdaderamente razonable y filosófico delante de hechos ciertos é inmutables como una roca? Después de todo, nosotros creemos sobre un testimonio positivo é irrecusable. ¿Qué más puede exigir una filosofía sana é ilustrada? Ella cesa de serlo cuando deja de creer.

»Luego si nosotros creemos, no es tanto por servir los derechos de la razón, como para llenar sus deberes. Únicamente la fé puede conservar aquí la verdad de las ideas y la fuerza de la experiencia, consagrándole, así los primeros principios de la inteligencia, como la certeza de los hechos. Todos los hechos del cristianismo están ligados á la institución de la Iglesia y de su autoridad. Un mismo apostolado, un mismo testimonio, un mismo origen, una misma fé reproducen los unos, establecen la otra. Nosotros poseemos también una lógica invencible: vivimos por la fuerza del silogismo enteramente divino, tipo supremo de la verdadera filosofía. ¡Entendedlo! Lo que el mismo Dios garantiza y afirma es incontestable y cierto. Es así que Dios por los incontestables hechos de su omnipotencia garantiza y prueba el establecimiento de la autoridad católica, anunciada, establecida y ejercida en su nombre; luego esta autoridad es divinamente cierta. Lo veis: la filosofía podía reclamar legítimamente los derechos de las ideas ó verdades primeras, los derechos de la experiencia y de los hechos: la autoridad católica los salva todos, y los consagra por su misma demostración.»

No continuaremos presentando las demás subdivisiones

de Mr. de Ravignan, porque habríamos de extendernos en demasia. Lo expuesto lo creemos suficiente á nuestro objeto. Al tener que tratar del filosofismo moderno, que guiado por mal camino ha trastornado todas las ideas, llevando la confusión á las inteligencias, no podríamos dejar de presentar el razonamiento que se ha leído, que es el mejor exordio que podíamos presentar á nuestra trabajo. Entramos en una materia que por sí sola podría ocupar volúmenes: no se extrañe pues, que esta Introducción exceda los límites á que hemos reducido las que hemos hecho preceder á los siglos anteriores. Antes de entrar de lleno en nuestro asunto, deseábamos hacer comprender al lector que la unidad católica de fé y de Iglesia es el lazo más perfecto de la sociedad y de la caridad de todos los hombres. Así nos lo ha demostrado el sabio cuyos razonamientos hemos reproducido. «A los que creen, dice él mismo, se les tiene estrechamente abrazados; y á los que se extravían, se les busca; el celo, amor verdadero, los llama, los atrae con todos sus esfuerzos. Y tal es la razón de la lucha sostenida con constancia por la Iglesia contra las separaciones y los errores: ella lleva y dirige con fuerza su barca de salvación entre los naufragios y las tempestades, á fin de arrancar á la muerte las víctimas agitadas por todas partes al placer de los vientos.»

Concluyamos con la siguiente exclamación del mismo escritor: «¡Pobre viajero, detente! Fatigado en tu carrera en medio de las olas, apartado de tu camino, sin guía ni brújula, vas á perecer. Insensato, buscabas un mundo nuevo, lo has hallado; creías mandar en jefe en el Océano, allí

Dios solo reina. Desdeñabas, para bogar á lo léjos, seguir los caminos vulgares y las leyes de una larga experiencia: querias siempre avanzar, siempre conquistar; pretendias no necesitar ni del puerto ni del piloto, y no has encontrado más que decepciones amargas, crueles ansiedades, luchas violentas; con frecuencia se ha abierto delante de tus ojos el abismo de la desesperacion y de la muerte. ¡Mira cerca de sí, navega en paz en el bajel vencedor de los males; sílo él te ofrece un refugio seguro, y te promete el viaje sin peligro!»

Volvamos al principio del que nos separamos para dar lugar á las sabias reflexiones de Mr. Ravignan. Deciamos que en Inglaterra se habia dado la primera señal de la guerra que el filosofismo se propuso hacer á la idea católica, habiéndose formado Herbert la idea de establecer la religion natural sobre las ruinas de la revelacion. Siguióle en este camino Blount el cual publicó los *Oráculos de la razon*, obra verdaderamente monstruosa editada por su amigo Gildon, que abundaba en sus mismas ideas. Locke fué uno de los precursores de los cristianos racionalistas, que despues dió á la revelacion los golpes más crueles, y que al fin se mostró latitudinario en su *Cristianismo racionalista*. En tanto que la escuela de Locke enseñaba una doctrina que no se separaba gran cosa de la de los arrianos, otros escritores contemporáneos de este filósofo, tales como Toiaud, en su *Cristianismo sin misterios*, y Bury, autor de *El Evangelio desnudo*, se ocupaban en quebrantar los fundamentos de la religion, con una constancia digna de mejor causa. Los enemigos de la religion se dividieron en dos

bandos: los unos, arrianos ó socinianos, negaban la divinidad de Jesucristo y el misterio de la Encarnacion; los otros, deistas declarados, combatian los primeros principios del cristianismo. El primero de estos partidos que contaba entre sus defensores á Clarke, Whiston, Whitby, Emlin y Clubb, reunian sus esfuerzos, á principios del siglo xviii, á los del otro partido que contaba en su seno hombres tales como Asgill, Coward, Shaftesbury, Collins, Tindal y Woolston.

Por la singularidad del objeto, bien así como por la forma en que estaba escrito tuvo un momento de boga el libro raro y extravagante de Argill, al que dió por titulo: *Argumento probando que en conformidad al contrato de la vida eterna revelado en las Escrituras, un hombre puede ser trasladado de aquí abajo á la vida eterna, sin pasar por la muerte*. Esta obra, fruto de una imaginacion desarreglada, fué condenada al fuego en 1703, y su autor encerrado en la cámara de los comunes, de la que era miembro. Hacia al mismo tiempo, otro escritor, Coward, en sus *Nuevas reflexiones sobre el alma humana*, decia que el sentimiento de la espiritualidad y de la inmortalidad de nuestra alma, sentimiento que es universal, digno del hombre y de su autor, era una invencion pagana, un verdadero absurdo, un insulto hecho á la filosofia, á la razon y á la religion. Más tarde confirmó sus asertos en su *Ensayo* publicado en 1704.

Parece increíble que despues de diez y siete siglos de cristianismo, y en la misma Europa, en el reino que se llamó un día *Isla de los Santos*, se atreviese un filósofo á ponerse en lucha con la corriente de la humanidad entera, combatiendo una verdad que no solamente es del cristia-

nismo, sino que la reconoció el mismo paganismo, y que con mayor ó menor perfección han aceptado hasta las naciones bárbaras. Pues tal fué Coward, que de una sola plumada pretendió borrar lo contenido en la revelacion, lo que nos trasmite la tradicion y lo que está además probado por el unánime consentimiento de todos los pueblos. ¿Pretendió tal vez adquirir celebridad afirmando lo contrario de lo que le dictaba su conciencia? Todo podia ser; todo puede esperarse del hombre, cuando se deja dominar por la vanidad.

Sea lo que quiera de esto, ello es que la licencia de los escritores dirigida contra los fundamentos de la religion era tal en Inglaterra que, el 27 de enero de 1710, la reina Ana encargó al clero anglicano el que tomase en consideracion el estado en que se encontraba la religion. Shaftesbury, cuyos escritos fueron reunidos en tres volúmenes bajo el título de *Característicos*, se mostró enemigo de los dogmas generales del cristianismo. Habla con una libertad extraordinaria del Nuevo Testamento, pretendiendo que el Evangelio ha sido alterado por el clero, que los milagros no prueban nada, etc.; en consecuencia, no quiere sino una religion que esté á las órdenes del Estado y una revelacion entendida á su manera. Admite el indiferentismo en materia de religion, rehusa el dogma de la eternidad de las penas, combatiéndole con las armas del sofisma y de la ironía, y mira sólo la virtud de la religion como un sentimiento y un instinto.

Collins se dió á conocer en 1707 por un *Ensayo sobre el uso de la razon en las proposiciones cuya evidencia depende*

del testimonio humano. En este escrito pone en contradiccion la certidumbre que produce la revelacion y la evidencia que produce la razon. No quedó Collins completamente satisfecho de su obra, y desenvolvió sus ideas en contra de la revelacion en su *Discurso sobre la libertad de pensar*. Sublevóse contra este autor el clero galicano, y tanto le persiguió, que al fin se vió obligado á refugiarse en Holanda, donde tenia ya grandes relaciones de amistad con Juan Le Clerc y otros literatos y teólogos. Toda su doctrina puede reducirse á estas dos proposiciones: Nada debe admitirse sin exámen; el exámen nada nos enseña de cierto.

No nos detendremos en grandes detalles sobre la marcha impia del filosofismo en Inglaterra, porque nos espera Francia, escuela de los más formidables enemigos de la revelacion divina.

Collins publicó alguna otra obra que no desmereció de sus anteriores escritos, y que no fueron inútiles á los incrédulos franceses.

Citemos otros escritores de la misma nacion. Juan Trenchart publicó sus *Cartas sobre diversos puntos de la religion*, que forman una sátira mordaz contra la misma religion. Unióse con el escocés Tomás Gordon, que ganoso de pervertir al pueblo completamente y hacer la irreligion popular, puso á sus escritos esos títulos chavacanes propios de libros revolucionarios, que si no revelan ciencia en sus autores, dan á comprender á primera vista que aquellos escritos no son otra cosa que sátiras sangrientas, las más de las veces llenas de calumnias y siempre de miserables sofismas. Hé aquí algunos de los títulos puestos por el escocés Gordon

á sus impíos escritos: *El Cordial para los espíritus bajos; Los pilares de la supercheria sacerdotal*, etc.

En 1706 el deísta Tindal publicó los *Derechos de la Iglesia cristiana, defendidos contra los papistas*; hasta el título de la obra es ridículo. ¿Puede existir verdadera Iglesia cristiana sin el Papa? ¿Qué quiere decir Iglesia cristiana? Iglesia de Cristo. Y sabido es que Cristo la fundó sobre Pedro. Así es que en rigor todas esas comuniones que se llaman cristianas y viven separadas de la cátedra de Pedro, ni aun merecen en propiedad ese nombre. Tindal, bajo el pretexto de atacar á los católicos, atacaba toda constitucion eclesiástica, toda disciplina, todo misterio, toda autoridad. El mismo valor tenia para él la Iglesia anglicana que la católica; igual respeto le merecian los pastores protestantes que los sacerdotes católicos. Apercibióse de esto el clero anglicano, y así del libro y de una defensa del mismo que habia hecho el mismo Tindal, se formó una especie de auto de fé, pues fueron quemados el 24 de marzo de 1710.

Al año siguiente la cámara baja de la convencion trazó un cuadro de la religion y de los progresos de la incredulidad. Contra este escrito Tindal dirigió un libelo, en el que se propuso sostener que la necesidad de las acciones humanas es el solo fundamento de toda religion. En dos diversos escritos dirigidos á los habitantes de Londres y á los de Westminster, ridiculizó cuanto le fué posible al obispo anglicano Gibson que habia publicado dos pastorales contra las producciones irreligiosas.

Empero, entre todas las obras de este incrédulo, la que suscitó más acaloradas polémicas fué la que tituló: *El Cris-*

tianismo tan antiguo como la creacion, ó el Evangelio, nueva publicacion de la ley natural, libro en el que se renueva el sistema de Herbert.

Nada más diremos de los demás escritores que siguieron el mismo rumbo de los anteriores de Inglaterra. Para que se comprenda á dónde llegó la irreligion, la licencia y el escándalo en ese país desgraciado que en el siglo anterior habia roto los lazos que le unian con la cabeza de la Iglesia, echándose en brazos de la pretendida Reforma, baste saber que algunos jóvenes libertinos llegaron á formar una asociacion á la que dieron el nombre de *Fuego del infierno*, como para burlarse de las amenazas de la Iglesia. El mal era de gravísimas consecuencias: un miembro de la cámara de los lores se lamentó del desbordamiento de las pasiones y de los progresos que hacia el ateísmo y la inmoralidad. Cualquiera persona de buen sentido no podria ménos de juzgar que la cámara acordaria publicar un bill para reprimir aquel doble escándalo. Léjos de ser así se consideró que tal cosa seria un atentado contra la libertad de pensar. Esta manifestacion de la alta cámara equivalia á permitir la inmoralidad y la blasfemia públicas. Jorge I, sin embargo, observando los progresos que hacia el mal y previendo sus resultados, ordenó en 9 de mayo de 1721 buscar y castigar á los que formaban las sociedades de los blasfemadores.

Tal es el aspecto que en punto á religion presentaba la Gran Bretaña en el siglo de los filósofos.

II.

El filosofismo en Francia.

Después de haber fijado detenidamente la consideración en Inglaterra, debemos ahora trasladarnos á la Francia, á ese país vecino que tanto bueno y tanto malo ha producido. La Francia ha sido una nación tan adicta á la Iglesia católica y tan entusiasta defensora de sus derechos, que sus monarcas se hicieron acreedores á que la Santa Sede les concediese el que pudiesen titularse *reyes cristianísimos*. No puede negarse que la Iglesia en épocas de aflicción le debió mucho, y siempre contó con la fidelidad de los franceses. Sin embargo, en épocas señaladas eclipsó sus pasadas glorias, haciendo derramar lágrimas de desconsuelo á esa misma Iglesia á la que tanto había respetado.

En la época de que nos venimos ocupando no presentaba la Francia un aspecto más halagüeño que la Inglaterra en punto á religión. Se formó un partido inmenso de incrédulos bajo el nombre de *filósofos*. Por algun tiempo este partido permaneció en la oscuridad y trabajaba secretamente como avergonzado de su obra y temeroso de la rigidez de Luis XIV, pero muy pronto se mostró á la sociedad apoyado por un príncipe que no había dejado de ser cómplice de ellos.

Entre los que parecían los destinados á ser los primeros en propinar el veneno haciéndolo circular por la gran ciudad, aparecen en primer lugar Voltaire y Montesquieu. Estos levantaron el estandarte de rebelión contra el cristia-

nismo. A ellos pertenece la gloria, poco envidiable, por cierto, de haber arrastrado la Francia á la más espantosa y sangrienta de las revoluciones. La filosofía de estos hombres fué el arma poderosa que tantos y tan terribles estragos causó.

Empecemos por presentar los retratos de estos personajes, que tan importante papel juegan en la historia del siglo XVIII, así como nos es necesario hacer pasar por esta galería á Rousseau, D'Alembert y otros corifeos de la impiedad, padres del filosofismo enciclopédico.

Cárlos Montesquieu de Burdeos, decidido á tomar parte en el movimiento filosófico que se iniciaba, publicó sus *Cartas persas*, obra que escribió siendo aun bastante jóven en 1721, y en la cual se atacaban algunas de las verdades fundamentales de la religión, con una originalidad de estilo y una energía de frases, que hacían el ataque más seductor y por lo tanto más peligroso. Cualquiera que no estuviese muy prevenido ó que no tuviese una fé muy pura, con facilidad se dejaba arrastrar por el mal camino. La obra de Montesquieu tanto tenía de política como de religiosa. Bajo ambos aspectos llamó la atención de la corte, á pesar de su frivolidad. Estaba llena de agudezas y sátiras contra Luis XIV, contra Law, contra el despotismo y las costumbres de la corte. Esto fué muy aplaudido por los políticos, si bien mortificaba en gran manera á los que se veían dentro de aquellos ataques. Hablaba, como decimos, de las costumbres, y sin embargo se detiene á describir el serrallo, donde aparece el amor despojado de todas las delicadezas y reducido al puro deleite animal. ¿Tendremos necesidad de

decir que generalmente agradó aquella descripción? Nunca faltan almas mezquinas, espíritus frívolos y tal vez en mayor número entre las clases elevadas que en lo que llamamos pueblo, que aplauden todo aquello que halaga las pasiones brutales y rebaja la dignidad del hombre.

Montesquieu, que manifestó en su obra un escepticismo escandaloso, viajó por Holanda, por Italia y por Inglaterra. En Venecia, «una de las cosas más agradables que vió fué al primer ministro del gran duque con jubon y coleta trenzada, sentado en un banquillo de madera delante de su puerta: ¡feliz el país donde el ministro vive con tanta sencillez y tan desocupado!» En Inglaterra se relacionó con hombres políticos y razonadores que *aparentaban reirse* al oír el solo nombre de religión.

César Cantú nos lo presenta despues de sus viajes de este modo: «Tornó á Francia cuando los ánimos, vueltos en sí despues del largo deslumbramiento en que los había tenido el reinado de Luis, y conmovidos por el sistema de Law, se dedicaban al estudio del gobierno, de la hacienda, de la justicia. Durante el ministerio de Henry se fundó una academia moral y política; otra en el palacio de Rohan, y se estableció tambien el *Club de l'entresol*, sociedad más atrevida, á donde concurrían Bolingbroke, Argenson y el abate Saint-Pierre. A este abate, espíritu quimérico, «escritor repugnante y el más diestro de los buenos ciudadanos (1),» debe el diccionario la palabra *bienfaisance* y las utopias del dogma de la infinita perfectibilidad humana. Expulsado de la Academia francesa por haber criticado al gobierno

(1) Lemoutey.

de Luis XIV, se dedicó con mayor ardimiento á proponer reformas; reformas de hombre de bien y que no perjudicaban á la córte, como el desprenderse de los favoritos, el distribuir mejor los empleos, el crear una alta academia encargada de proponer al rey la terna en que debiera escoger los ministros. Cuando veía un defecto, al momento proponía su remedio, y enviaba memorias al ministerio, é imprimía importantes verdades envueltas entre proyectos quiméricos que las hacían ser toleradas ó pasar inadvertidas por la censura. En su *Proyecto de paz perpétua* tratábase nada ménos que de cambiar hasta los fundamentos de la sociedad. Méno quimeras sustentaba Argenson: su sistema consistía en un rey solo, una fé sola y una sola ley; pero si bien el rey debía ser rey, no quería la centralización, sino que proponía instituciones municipales y no disimulaba los abusos de la antigua monarquía. De este modo el ingenio buscaba contrapesos al despotismo establecido por Luis XIV.

«Todo esto, continúa Cantú, vigorizaba el ánimo de Montesquieu. En las *Consideraciones sobre la grandeza y decadencia de los Romanos* (1734) expuso los hechos con seguridad y aplomo sin profundizarlos; en las reflexiones, ciertamente lo habían precedido Maquiavelo y Bossuet, y también superado en penetración; ni por su obra podría comprenderse el senado, el pueblo, los hechos de los plebeyos, los clientes ni el tribunado; pero manifestó grandísima elocuencia para presentar el contraste que formaba aquel régimen enérgico de los Romanos con el régimen sin plan y sin vigor que dominaba entonces en Francia. Veinte

años de trabajo le costó el *Espíritu de las leyes*, y veinte y dos ediciones en diez y ocho meses demuestran hasta qué punto excitaban ya la curiosidad las materias de gobierno civil, que antiguamente eran para el público un arcano. Y sin embargo, la escuela filosófica no aprobó esta obra; y la posteridad la censuró también, aunque siempre la lee seducida por aquella elevación de miras, aquella claridad, aquella interpretación sagaz de la historia y aquel modo de deducir testimonios de todos tiempos y de todos países. Montesquieu no busca los hechos para juzgarlos como hombre de profundas convicciones; no busca los abusos para corregirlos, sino que quiere hallar su razón y su puesto: indiferente entre Dracon y Cristo, entre el gobierno japonés y el ateniense, justifica todas las leyes, todas las religiones; acepta la historia tal cual es, sin más objeto que el de explicarla y comprender cómo las instituciones se armonizan con las necesidades; comprende que debe buscarse la significación de los hechos en la naturaleza del hombre; pero las leyes, que define como *las relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas*, son las del universo, no ya las positivas deducidas de los pactos entre los hombres. Manifiesta su horror al despotismo, pero no trata de destruirlo, sino que lo considera como efecto necesario de la corrupción; ni comprende las revoluciones, ni el bien que se oculta bajo la idea del mal. Maquiavelo en los hechos italianos nada grande había visto más que la habilidad y la firmeza de carácter, cualquiera que fuese la dirección que se les diera; Montesquieu en tiempos tranquilos descubre en el buen éxito la recompensa natural de la virtud y del honor.

A diferencia de los teóricos contemporáneos, se apoya en los hechos; pero en vez de interrogarlos para averiguar la verdad, los reune sin crítica en apoyo de sus teorías; y cuando la historia no se los suministra, acude á las relaciones de la China ó de América, aun cuando se hallen alteradas por el interés, la ignorancia ó la vanidad. Así dedujo muchos falsos principios de hechos inexactos, presentó hechos falsos en apoyo de exactos principios, y no se cuidó de hacer distinción alguna de tiempos ni países. Entre aquella amalgama de anécdotas tomadas de las civilizaciones más divergentes; entre cuadros sociales inconexos, que no presentan sino un encadenamiento ilusorio de analogías metafísicas, se le escapan muchas explicaciones, que no pueden deducirse de los antecedentes y de las circunstancias, aun sin que se cambien las formas exteriores, esas formas que hacen que Carlos XII no pueda ser un Atila.»

No es necesario que nos detengamos más en el retrato que de Montesquieu nos hace el ilustrado autor de la *Historia Universal*. Ello es que sus obras fueron una amalgama de ideas sublimes y pequeñas, de argumentos razonados y de sofismas, y que en ellas dejó la semilla del escepticismo que produjo, como veremos grandes y lamentables frutos. Nada tuvo de innovador, veneraba al rey, respetaba las leyes y amaba al país; pero es indudable, como concluye el citado historiador, que su obra sirvió de auxilio al partido revolucionario, que á su muerte no vió en él el moderador, sino solamente el agitador grande y poderoso.

Nos toca ya hablar de Voltaire, de ese cínico filósofo que llegó á insultar al mismo Jesucristo, al que llamó ¡qué

horror! el *infame*, asegurando al mismo tiempo que le superaba en talento. ¡No puede ir más allá el orgullo humano!

Francisco Arouet de Voltaire, era natural de Chatenay; mostró desde joven sus aficiones poéticas, y su *Edipo*, que le dió gran fama, le abrió las puertas de las sociedades, haciendo que se relacionase con las personas más principales que se manifestaron entusiastas por la tragedia del joven poeta. Sin embargo, era sarcástico, propension que conservó hasta su muerte, y como quiera que hubiese ofendido con chistes picantes al caballero de Rohan, éste se vengó de él, mandándole apalear. Voltaire lo desafió, y este atrevimiento le valió el que la policía le encerrase en la Bastilla, donde permaneció por espacio de seis meses.

Apenas se vió libre, determinó abandonar un país donde tanto se miraba la diversidad de nacimiento y pasó á Inglaterra. No podía haber escogido un país más á propósito para sus miras. «Allí, dice un historiador, penetró en los círculos de los dispensadores de la fama; tomó de Bolingbroke la osadía, con Swift aguzó su malignidad natural, de Pope aprendió el arte de unir pensamientos profundos á brillantes imágenes, y en la sociedad de todos adquirió la sonrisa de una docta incredulidad, y el sarcástico contentamiento en la persuasión de que cuanto existe es bien que exista.» Reunidas todas estas enseñanzas formaron de Voltaire, que tenía una imaginación muy viva y un privilegiado ingenio, el hombre más incrédulo y más sarcástico de su siglo, que no se paraba en sus planes, por más que hubiese necesidad de usar de la calumnia, cuando se trataba

del descrédito de una corporación ó individuo, bien que él quiso hacer un dogma de la calumnia.

Allí, en Inglaterra, puede decirse que se formó Voltaire. Al calor de aquella sociedad libre, de aquellos clubs donde todo podía ponerse en tela de discusión, ora se tratase de las cosas públicas, ora de las que hacían referencia á la religión, el nuevo filósofo pudo dar rienda suelta á su genio. Vivía en su elemento. Esto no obstante, regresó á Francia: la patria es una segunda madre á la que no puede olvidarse, á la que más se ama cuanto mayor es la distancia que separa de ella. De nuevo en París dió á conocer á Shakspeare, Locke, Newton, la vacuna, el jurado y otras instituciones que siendo muy conocidas en Inglaterra, eran en Francia ignoradas.

Desde luego se propuso decir en sus escritos cuanto se le antojase, explanando sus ideas, procurando evitar el peligro, adulando á ciertos poderosos que podrían servirle de ayuda en circunstancias dadas.

Pascal y Descartes fueron las primeras víctimas de su osada crítica y venenosa pluma. Sus ataques á aquellas personas estaban contenidos en sus *Cartas inglesas*, obra que fué condenada.

La *Doncella de Orleans*, obra inmoral destinada á ridiculizar á la célebre joven Juana de Arco, corrió manuscrita por los salones de la aristocracia, y la chusma elegante y educada se hizo partidaria del satírico autor, cuya gracia celebraba. La obra se imprimió después furtivamente, y lo que el vulgo encontró en aquella producción defectuosa, lo atribuyó no á malignidad por parte del autor, sino á

alteraciones hechas por el editor. Voltaire se reía de esta credulidad, bien que de todo se reía.

En lo que siempre se distinguió fué en el odio á sus rivales y á todo el que creía que podía hacerle sombra. Esto es una demostración tangible del orgullo de que estaba dominado. Un ejemplo. Cuando Shakspeare era completamente desconocido en Francia, le alababa, celebraba su gran talento, y pretendía elevarle hasta las nubes; empero llegó un día en que le temió rival, y entonces en vez de alabanzas sólo ultrajes tuvo para él. Vió que otros le citaban para demostrar lo que de él había tomado y para probar la inferioridad del talento respecto al genio, y no pudo ménos de colmarle de vituperios.

Empero no necesitamos detenernos en hablar de todas las obras de Voltaire, pues nos saldriamos del objeto que nos hemos propuesto. Consignaremos, sin embargo, el voto de Napoleon y su juicio sobre el poeta: «Voltaire, decia, no conoció en las tragedias ni las cosas, ni los hombres, ni las grandes pasiones.»

Veamos ahora lo que dice Cantú: «Viendo que su siglo de oposicion y de reforma queria máximas filosóficas, atestó de ellas sus poesias; y así como urdió sus tragedias sobre tesis morales, de la misma manera por el modelo de Pope compuso sermones en verso. Sus poesias filosóficas tienen toda la belleza que puede esperarse de una moral sin religion, y de una metafísica sin creencia: instruyen, no conmueven; dan lecciones sobre la vida, pero no inducen á mejorarla. Además se dirigen á otro objeto distinto del arte, esto es, á favorecer la independencia de la razon, á difun-

dir el escepticismo, á quitar todo freno á las costumbres, y el sensualismo corta las alas á la inspiracion.

«No se le puede acusar de haber abatido deliberadamente la moral y la religion: la moralidad ya habia desaparecido; ya se habian consumido las creencias, y él arrojándose en la corriente general, no trató sino de agradar, y hubo de usar de las exageraciones inevitables en quien toma sobre sí la tarea de dirigir un fuerte y vigoroso ataque.»

En las líneas que acaban de leerse, parece que el ilustre historiador italiano trata de disculpar á Voltaire. Este no tiene disculpa posible. «No se le puede acusar de haber abatido deliberadamente la moral y la religion.» No comprendemos cómo esto puede decirse. ¿Ha existido en la série de los tiempos un filósofo que más haya abatido la religion y la moral que Voltaire? Ha habido quien las dirija más dardos envenenados? Verdad es que ya se hallaban conmovidas las creencias: verdad es que se hallaba minado el edificio; pero ¿quién sino Voltaire puso fuego á la mecha? Léase su correspondencia con el coronado sofista Federico, y digasenos despues si abatió ó nó deliberadamente la moral y la religion.

Hecha esta salvedad y demostrando nuestro criterio sobre el asunto, sigamos ahora escuchando á Cantú:— «Acarició la idea de la emancipacion de los pueblos, pero creyó encontrarla en aquella molición de las costumbres y en aquella debilidad de las creencias que son por el contrario puntales del despotismo. A la reforma por medio de la licencia tienden en efecto sus deliciosas novelas, donde no se propuso presentar como los ingleses el retrato sencillo y ver-

dadero de la sociedad, ni como los modernos el desarrollo de una pasión, sino demostrar una tesis, encontrar un camino por donde insinuar en la clase más numerosa sus ideas, manteniéndose en las condiciones del gusto y del arte; atacar la política, la religión, las costumbres con inagotable ironía, inspirar la moral de los gocees materiales.»

Su idea principal resalta en su *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*. Esta obra es una tesis contra la potestad eclesiástica. Con la más dañada intención reúne hechos y caracteres sacados de fuentes que carecían de toda autoridad. Expone no luchas verdaderas, sino sus propias ideas y opiniones. «Se rie, dice un biógrafo del filósofo, en los graves desastres y en las magnánimas desventuras; no aprecia en nada el poder de los caracteres, ni coloca á los hombres en el punto que les corresponde; deléitase en asignar pequeñísimas causas á grandes sucesos, en rebajar á los héroes, en mofarse de los dos hemisferios.»

César Cantú en dos lugares diferentes de su grande obra, habla detenidamente de Voltaire. En el último tomo destinado á presentar biografías nos ofrece una bastante extensa del patriarca de Ferney. Empieza por ofrecer un juicio de De Maistre, muy concienzudo y que retrata perfectamente al filósofo. A esto hubiéramos nosotros reducido la biografía; pero Cantú pensó de otro modo. Tal vez no se atrevió por sí mismo á defender, á disculpar á Voltaire, y así no presentando en este lugar trabajo propio, como lo habia hecho en el tomo vi, copió íntegro el artículo de la *Encyclopédie nouvelle*, que empieza con la dicha narración de De Maistre.

Sólo algunos trozos presentaremos del juicio del gran pensador que acabamos de citar:—«No se puede alabar á Voltaire, dice, sin cierta reserva, y como de mala gana.» Dos palabras, aunque interrumpiendo á De Maistre: ¿Cómo no se ha de sentir repulsión en alabar al hombre que, como antes dijimos, llegó en su osadía á llamar infame al Redentor de la humanidad? ¿Qué persona honrada, al ménos si es cristiana, ha de sentir simpatía hácia el que no respetó nada divino ni humano? Continuemos escuchando al célebre pensador: «La admiración desenfadada que muchos le profesan, es señal infalible de alma corrompida. No nos hagamos ilusiones; si alguno recorriendo nuestras bibliotecas, se siente atraído hácia las obras del patriarca de Ferney, Dios no le ama. Ha provocado la burla á menudo la autoridad eclesiástica que condenaba los libros *in odium auctoris*; sin embargo, nada más justo que negar los honores del ingenio al que de él abusa. Si esta ley se observase, pronto desaparecerían los libros venenosos; pero, ya que no depende de nosotros promulgarla, guardémonos á lo ménos del exceso, mucho más responsable de lo que se cree, de exaltar desmedidamente á los escritores criminales, y en especial á este. Él mismo sin advertirlo pronunció su sentencia, cuando escribió: *el talento corrompido, no será nunca sublime*. Palabras de gran verdad: y por eso Voltaire á pesar de los cien tomos que componen sus obras, no consiguió ser más que agradable. Exceptuó las tragedias que, por su índole particular, le obligaban á expresar sentimientos nobles, ajenos á su carácter: pero aun en la escena, su triunfo no fascina á ojos ejercitados. En sus mejores dramas se pa-

rece á sus dos grandes rivales, como un hipócrita á un santo: sin que se entienda por esto que trato de negar su mérito dramático. Cuando Voltaire habla en su propio nombre, no es más que agradable; nada le exalta, ni aun la batalla de Pontenoy. Esta calificación de agradable que otros le dan, debe considerarse en mí como una censura. Por lo demás, rechazo la exageración que le llama universal, pues que tantas excepciones veo de semejante universalidad. En la oda es nulo; y no podía ménos de serlo, pues la impiedad habia extinguido en él la divina llama del entusiasmo. Es igualmente nulo y hasta ridiculo en el drama lírico: pues su oído era insensible á las bellezas armónicas, lo mismo que sus ojos á las bellezas artísticas... Si intenta escribir una sátira, escribe en su lugar un libelo.... Una monotonía soporífera reina en la mayor parte de sus escritos, los cuales no tienen más que dos asuntos, la Biblia y sus enemigos; la blasfemia ó el insulto... ¿No habeis observado que el anatema divino estaba impreso en su rostro? Aun es fácil verlo despues de tantos años. Id y observad su semblante en el palacio del *Ermitage*, que yo no miro jamás sin congratularme de que no nos haya sido trasmitido por algun buril émulo de los griegos, el cual hubiera quizá esparcido por sus facciones cierta belleza ideal. Todo aquí es naturaleza: se nota la misma verdad que en una máscara tomada del cadáver; aquella frente abyecta que el pudor no coloreó jamás; aquellos dos cráteres apagados que parecen aun vomitar lujuria é ira; aquella boca — quizá digo mal, pero no es culpa mia — aquel *rietus* espantoso que llega de una á otra oreja; aquellos labios

contraidos por la cruel malicia, como un resorte pronto á saltar para lanzar la blasfemia ó el sarcasmo. No me hableis de ese hombre. ¡Ah! ¡cuánto mal nos ha hecho! semejante á aquel insecto devastador de los jardines, que sólo muerde la raíz de las plantas más preciosas, Voltaire no cesa de morder las dos raíces de la sociedad, los jóvenes y las mujeres: y empapándolos en su veneno, trasmite este de una á otra generacion... Ni puede como otros alegar su edad juvenil, la imprudencia de las pasiones, la debilidad de la naturaleza humana. Nada le absuelve; su corrupcion es de un género que pertenece á él solo; está arraigada en las últimas fibras de su corazon, y robustecida por todo el vigor de su entendimiento; asociada siempre con el sacrilegio, desafía á Dios perdiendo al mismo tiempo á los hombres. Con su furor sin ejemplo, este insolente blastemo llega á declararse personalmente enemigo del Salvador de los hombres; se atreve desde el fondo de su nulidad á darle un nombre ridiculo, y llama á la adorable ley que el Hombre Dios legó á la tierra, la *infame*. Abandonado de Dios, que castiga retirándose, no conoce ya freno. Otros cinicos hicieron asombrar la virtud. Voltaire hace asombrar el vicio; abandona su imaginacion al entusiasmo del infierno, que le presta todos sus esfuerzos para arrastrarle á los límites del mal. Inventa prodigios y monstruos que ponen espanto. Paris lo coronó; Sodoma lo hubiera desterrado. Profanador descarado de la lengua universal y de sus más ilustres nombres, el último de los hombres despues de los que le aman, ¿cómo os describiré los sentimientos que en mí existen? Cuando veo lo que podia hacer y lo que hizo,

sus inimitables talentos no me inspiran más que una especie de ira santa que no tiene nombre. Suspendido entre la admiracion y el horror, á veces quisiera mandarle levantar una estatua... por la mano del verdugo.»

Tal es el juicio de De Maistre. No nos detendremos en exponer lo que en defensa de Voltaire expone la *Encyclopedie nouvelle*. ¿Hay defensa posible despues de lo que se ha leído? Voltaire no alcanzó la gran revolucion social y religiosa que anegó en un lago de sangre el pueblo de San Luis. Pero él tuvo la gloria, ¡triste gloria! de ser uno de los que arrojaron los gérmenes que produjeron aquella horrosa hecatombe.

No siéndonos posible detenernos en todos los grandes corifeos del filosofismo enciclopédico, nos ocuparemos ya únicamente, y para concluir, de Juan Jacobo Rousseau, cuyo nombre va siempre unido al de Voltaire, así como el de Calvino parece inseparable del de Lutero.

Rousseau nació en Ginebra, costando la vida á su madre que murió del parto. Hasta la edad de cuarenta años el futuro autor del *Emilio* y de la *Nueva Eloisa* permaneció ignorado. Su juventud habia sido inquieta y azarosa. Huérfano por completo, pues que su padre se vió obligado á expatriarse por unos de esos lances que la sociedad llama de honor, entró de aprendiz con un grabador. Este, hombre ignorante y de asperísima condicion, le trataba muy mal, y Juan Jacobo abandonó su taller, encontrándose á los diez y seis años de edad, sin familia, patria ni asilo. La situacion no podia ser más angustiosa. Entonces empezaron para él mil vicisitudes. Encontró una protectora en la jóven baro-

nesa de Warens. Llevado al hospicio de los Catecúmenos de Turin, abjuró los errores protestantes. Al salir de allí, tuvo que sostener grandes luchas con un enemigo formidable, la miseria que le acosaba.

En tal estado fué primero palafrenero de la condesa de Vercelli, despues del conde de Gouvon, hasta que al fin volvió de nuevo á acogerse á su protectora la baronesa de Warens. Esta se compadeció de él al ver su mala suerte y le dió un asilo en su propia casa. Sucesivamente ensayó varias carreras, estudió en el seminario, trabajó en el catastro, enseñó música, cuando apenas la sabia, «y arrastró así una inconstante vida de Annecy á Friburgo; de Friburgo á Lausana; de Lausana á Neufchatel; de Neufchatel á Berna y á Soleura; de Soleura á Paris; de Paris á Chambery, y atraído siempre por su corazon hácia Mad. de Warens, de la que no se separaba sino para reunirse pronto con ella. Así trascurrió sin gloria, pero no sin errores, su juventud, ó mejor dicho, su larga infancia. Tal era la vida del hombre singular que debia asombrar al mundo entero.

No seguiremos paso á paso á Rousseau en las diferentes vicisitudes de su vida, que no son del caso á nuestro propósito. Sólo diremos que á los treinta años de su edad ya sabia bien la música y que habia hecho diferentes ensayos literarios que no le produjeron fama.

En 1750 la Academia de Dijon abrió concurso público, proponiendo esta singular cuestion: —¿La introduccion de las ciencias y las artes ha contribuido á corromper ó á depurar las costumbres?—Aquel programa que vino á manos de Juan Jacobo en ocasion en que habia ido á visitar á Dide-

rot á la torre de Vincennes, donde se hallaba preso á causa de algunas atrevidas proposiciones literarias, le causó una viva impresion. «Sintióse de golpe deslumbrado por mil luces; multitud de ideas le asaltaron á un tiempo, con una fuerza y confusion indescriptibles; experimentó un aturdimiento parecido á la embriaguez; el corazon le latió con violencia. Pudiendo apenas respirar, se dejó caer bajo uno de los árboles del camino, y pasó allí media hora en tal agitacion, que cuando se levantó halló toda la parte superior del vestido empapada en lágrimas, sin advertir que las habia derramado.» Confió á Diderot sus sensaciones, y este le animó para que se presentase al concurso, y le dijo estas notables palabras: «El partido que eligiereis será distinto del que abrazaria otro cualquiera.» Comprendia muy bien Diderot cuál era la opinion que habia de defender Juan Jacobo, que no era otra que la condenacion de las artes y de las ciencias. El filósofo hizo su memoria y obtuvo el premio.

El mundo literario no pudo ménos de escandalizarse al hacerse pública la decision de la Academia, que al aprobar y premiar el trabajo de Rousseau condenaba de plano las ciencias y las artes, á las cuales salieron denodados defensores. Enorgullecido el filósofo ginebrino con aquel primer triunfo se dispuso á entrar en lid con cuantos adversarios se presentasen. La Academia de Dijon, cuyo programa habia inspirado su primera obra, produjo tambien la segunda, dando por tema investigar el origen de la desigualdad entre los hombres. «Rousseau en esta obra combatió todas las instituciones sociales en odio á la débil monarquia de

Luis XV; y viendo al siglo embriagado y jactancioso de su perfeccion, le gritó: *un salvaje, un caribe que aplasta la cabeza de sus hijos para hacerlos imbéciles, es más sabio y más feliz que tú;*» delirio soberbio de una sensibilidad irritada que se indigna contra las riquezas que no posee, y que recibida una injuria, léjos de olvidarla, va indagando paso á paso su origen hasta formar un sistema con aparato de lógica y de elocuencia. Voltaire le escribia irónicas felicitaciones, y le decia: *al leerlos me dan ganas de andar en cuatro piés.*

Por lo demás veamos lo que dice ahora Cantú: — «Creyendo que no bastaba demoler, sino que tambien era preciso reconstruir, rechazó el grosero sensualismo, y trató de reemplazar los dogmas racionalistas con el sentimiento religioso. Declarándose contra el epicureismo egoista de su tiempo, quiso corregir la moral y cambiar el órden político y doméstico; restituyó á la filosofia lo que le habia quitado, esto es, la elocuencia y el sentimiento, y con esto atrajo á su partido á las mujeres y á todos los que amaban la virtud y odiaban el ateismo. En un tiempo en que se deshojaban todas las ilusiones, cuando parecia debilidad abandonarse á los sentimientos del corazon, y cuando la novela se alimentaba con los extravíos de los sentidos, ¿qué efecto no debió producir la *Nueva Eloísa*, en la cual se acercó cuanto pudo á la naturaleza, sustituyó á los golpes de escena el estudio interior, y presentó el preludio de las novelas íntimas de nuestro siglo! El modelo de la verdad no era el mejor; Saint-Preux es pedante. Julia dice lo que las demás ocultan, analiza sus propios sentimientos, calcula cada uno de